



## LOS FRUTOS DEL VERANO

Un recuento de la situación  
de la prensa en Estados Unidos

Prof. *Abraham Santibáñez*

**E**l 20 de enero de 1985 es domingo. Esta circunstancia obligará a un cambio de protocolo en la transmisión del mando en Estados Unidos, que por ley debe hacerse en esa fecha. Al revés de otros años, no se efectuarán ese día la solemne ceremonia habitual en la escalinata del Congreso, ni el desfile, seguido por una caminata hasta la Casa Blanca. Solamente se realizará en privado la toma de posesión del nuevo Presidente y sólo 24 horas más tarde se efectuará el festejo oficial.

Al momento de escribir estas líneas, el resultado de la elección del 6 de noviembre es impredecible. Pero sí está claro que en un año de elecciones en Estados Unidos, como tuvo ocasión de comprobarlo el autor de estas líneas durante cuatro semanas en julio de 1984, el papel de los medios de comunicación resulta vital en el juego democrático norteamericano. Los medios en general y, por supuesto, la televisión.

Contra este telón de fondo, donde es necesario hacer, en

primer lugar, una evaluación serena del real alcance del portentoso poder que se atribuye a los medios, la situación de la prensa y de la comunicación en Estados Unidos merece también un estudio. Durante esas semanas en julio, junto con participar en un programa de conocimiento de la realidad política norteamericana, el autor tuvo la oportunidad de visitar algunos periódicos, conversar con periodistas y leer lo que los comunicadores dicen acerca de ellos mismos.

Por ser época de vacaciones de verano y debido al rígido programa de la visita, no hubo posibilidad de tomar contacto directo con académicos. En visitas anteriores a Estados Unidos, sin embargo, ya había tenido contactos importantes en la Universidad de Columbia (Nueva York) y de Washington (Seattle). También ha habido un contacto prolongado con el profesor Darío Menanteau, egresado de la Escuela de Periodismo de la U. de Chile y actualmente en la U. de Minnesota.

Al tratar de dibujar con ojos chilenos el panorama de la prensa y los medios norteamericanos en un año de elecciones, no se pretende agotar el tema. El autor no se siente autorizado para decir palabra sobre una situación muy fluida y vasta. Pero cree, al mismo tiempo, hacer un aporte que va más allá de la anécdota o de la situación contingente.

## **EL MITO**

Desde 1960, cuando John Kennedy derrotó al Vicepresidente Richard Nixon y a la sabiduría convencional, se ha hecho un lugar común el atribuirle a la prensa y a la televisión un poder sobrehumano en la decisión del electorado. Ese año, por primera vez, los dos principales candidatos a la Presidencia se enfrentaron "en vivo y en directo" ante las cámaras de TV en una serie de tres debates. El hecho de que Kennedy tuviera en su contra su catolicismo, barrera que ningún candidato antes había logrado superar, y la poco afortunada aparición en pantalla de su

rival, unánimemente contribuyeron a crear la impresión de que la televisión había desplazado toda otra forma de hacer campaña. Nuestra impresión es que se olvidó que el debate público -del cual el foro en TV es sólo una expresión moderna, con técnicas y recursos diferentes, desde luego- forma parte de la tradición electoral norteamericana. En 1858, por ejemplo, los famosos debates entre Abraham Lincoln y el juez Stephen Douglas, mientras contendían por un escaño en el Senado, sirvieron para despertar a la opinión pública acerca de la crisis que se aproximaba y que culminó con la Guerra Civil, al mismo tiempo que le dieron a Lincoln una estatura nacional.

El impacto de los debates de 1960 fue doble: por una parte, por muchos años no se intentó repetir la experiencia (sobre todo, mientras Nixon fue candidato), y por otra, se instaló definitivamente a la televisión en el juego político norteamericano.

Lo primero ya fue superado: en 1976, en 1980 y en 1984 se han efectuado debates nacionales, siempre auspiciados por la Liga de Mujeres Votantes, una organización que nació en defensa de la participación femenina pero que ahora se interesa por aumentar la participación de todos los ciudadanos, sin importar sexo, edad o situación social y económica.

Lo segundo, en cambio, ha asumido caracteres de mito.

La mayor parte de los electores norteamericanos sigue creyendo que la televisión es determinante en un año de elecciones. Y hay periodistas que también le atribuyen un poder casi mágico: en conversación con el autor, el comentarista Dom Bonafede, aseguró que el resultado de los debates en televisión es determinado por la prensa. Según él, cada ciudadano que ha seguido el curso del intercambio de opiniones de los candidatos, espera hasta el día siguiente para leer primero los periódicos y sólo entonces decide quién estuvo mejor y quién estuvo peor.

Después del curso de la campaña de 1984, tan dramáticamente afectada por las apariciones simultáneas en TV de los candidatos Ronald Reagan y Walter Mondale, es posible que

muchos sigan creyendo que la magia del video es insuperable.

Pero, habrá otros que piensen distinto. Uno de ellos es Jeff Greenfield, quien analizó la cobertura de prensa de la campaña de 1980 y "salió de la experiencia convencido de que el poder de la prensa en el proceso político ha sido exagerado notablemente". (La cita corresponde a un artículo de Richard Stout titulado "**U.S. presidential campaigns and the media**", distribuido a comienzos de 1984 por el servicio informativo de la embajada de Estados Unidos en Santiago. Fotocopia. Once carillas).

De acuerdo con el análisis de Greenfield, "muchos de los mitos más queridos acerca de la omnipotencia de los medios quedaron sepultados bajo la avalancha de la realidad... La elección de 1980 demostró clara y convincentemente que las influencias decisivas en la política norteamericana están todavía basadas, fundamentalmente, en realidades políticas que la cobertura de prensa afecta apenas marginalmente... si la llega a afectar. En gran medida, los éxitos y los fracasos de los candidatos en su lucha por llegar a la Casa Blanca no pueden explicarse por la forma cómo se les cubrió periodísticamente, por sus avisos comerciales, por el esfuerzo de sus consejeros de prensa o por la manera como las cadenas de TV y los principales órganos de prensa siguieron la campaña".

Durante la campaña de 1984 se pudo advertir cómo la acusación acerca del impacto indebido de la cobertura de prensa no lograba sostenerse por mucho tiempo. Al iniciar la carrera de los pre-candidatos demócratas -entre los republicanos, después que Reagan anunció su deseo de postular a la reelección no hubo oposición- se dijo muy pronto que la prensa (y la TV) había reducido las posibilidades a sólo dos: el ex vicepresidente Walter Mondale y el ex astronauta John Glenn. Cuando recién comenzaban las elecciones primarias y las convenciones ("caucus") de los estados, esta impresión parecía correcta, pero los avatares de esos primeros momentos dejaron muy pronto fuera de la carrera a Glenn. Y, en cambio, surgieron otros dos candidatos de primera fila: Gary Hart y Jesse Jackson. Aunque

ninguno de los dos fue capaz de derrotar la poderosa maquinaria partidista que estaba detrás de Walter Mondale, Hart llegó con extraordinario ímpetu hasta la votación final en la Convención Nacional Demócrata, y Jackson, conforme a la revelación de sus propios partidarios, aprovechó al máximo las posibilidades de exposición ante la opinión pública que pudo lograr. Glenn, en cambio, no tuvo ninguna otra figuración.

¿Por qué entonces es tan popular la creencia de que los medios (y, sobre todo, la TV) son tan determinantes?

Aparte del recuerdo de lo ocurrido en los debates en la televisión en 1960 (y que tanto en 1976 como en 1980 los candidatos a la reelección fueron derrotados **después** de su participación en los debates de TV), no se puede desconocer que la información básica en tiempo de elecciones la obtienen los ciudadanos de EE.UU. a través de los medios y que, entre ellos, la televisión ocupa el lugar preponderante, por lo menos a juzgar por los estudios más conocidos. (La Organización Roper, que inició en 1959 sus análisis de credibilidad y confiabilidad, sostuvo en 1963 que la TV había superado en esta materia a la prensa escrita y que se ha mantenido en ventaja desde entonces) (1).

No cabe duda de que hay una relación entre la cobertura informativa política y las preferencias del electorado. Como nunca antes, en 1984 en Estados Unidos se pudo advertir esta directa relación después de la Convención Nacional Demócrata, realizada en San Francisco. Tras una semana de incesante bombardeo noticioso, en general bien manejado por los jefes de la campaña (2), por primera vez la candidatura de Mondale superó a la de Ronald Reagan en las encuestas de opinión pública. Pero todo indica -como se vio en este mismo caso, cuando en las semanas siguientes la tendencia volvió a favorecer a Reagan- que en definitiva el elector toma su decisión apoyándose en la información de la prensa y la TV, pero no exclusivamente sobre esta base. Pese a la coincidencia del año,

se puede asegurar que el control que anticipó George Orwell en **1984** no es una realidad. Por el contrario, la impresión que el visitante recoge en el contacto con periodistas, dirigentes políticos de los más diversos niveles y, sobre todo, tras conocer directamente la experiencia de una convención, es que existe la suficiente -y saludable- distancia con los medios.

Significativamente, un mes después de la reunión en San Francisco, cuando los republicanos realizaron en Dallas su propia Convención Nacional, omitieron la tradicional crítica contra los medios, que repitieron durante mucho tiempo, especialmente durante los años del Presidente Nixon e inmediatamente después, acusándolos de prejuiciados y anti-republicanos. Doce años después del estallido del escándalo de Watergate, parece que finalmente las heridas se están cerrando.

En el verano norteamericano de 1984, a juzgar por las noticias de la prensa, y, sobre todo, de las publicaciones especializadas, no parecía que el gran tema electoral y la evolución de la sociedad de Estados Unidos concentrara la atención de los periodistas en análisis de su propia profesión. Como se verá a continuación, en un breve y seguramente incompleto recuento, lo que más les inquietaba eran problemas más cotidianos.

**Businesslike** (“directo, práctico”), como buen norteamericano, el reportero de Estados Unidos no se interesa en disquisiciones filosóficas. O, por lo menos, así lo parece.

### **Caso 1. El nuevo orden informativo internacional**

Cuando algún periodista norteamericano mira hacia su propio sistema político y profesional y lo compara con el que puede ver más allá de las fronteras, normalmente se preocupa.

Para ellos, la libertad de prensa y de expresión, como la concibieron los “padres fundadores” de los Estados Unidos,

posiblemente no es perfecta, pero es la mejor solución para satisfacer los anhelos de información de la sociedad. Por contraste, el debate que se suscitó en la UNESCO a partir de 1972 respecto a un Nuevo Orden Informativo Internacional, aunque diagnostique correctamente un mal generalizado, les hace temer lo peor: el sacrificio de las bases mismas del periodismo tal como se practica actualmente en su país. Como dijo este año, en su visita a Chile (3), Leonard Marks:

“Un periodista de prensa libre rechaza de plano el concepto de tener que ser autorizado por el Estado para poder ejercer su profesión. Piensa que tiene el deber de “conseguir la noticia”, aun cuando ello implique tener que arriesgar la vida en situaciones peligrosas; define a su “responsabilidad” como la obligación de seguir la noticia dondequiera que ésta lo lleve y de informar plenamente. Para otros, responsabilidad significa dejar de lado una noticia tan pronto como parezca que lo está llevando en una dirección equivocada o “inconveniente”. Una prensa libre reconoce que es el periodista quien decide qué es lo que se publica -o se transmite- y rechaza al gobierno en ese papel”.

Según el mismo Marks, frente al hecho indiscutible de que el debate sobre el NOII se ha estancado, debe considerarse auspiciosa la toma de conciencia de quienes, como el Comité pro libertad de la prensa mundial, se reunieron un par de veces en Talloires, Francia, y han adoptado una posición de reserva frente a la UNESCO, pero están tratando de que los periodistas de Estados Unidos, Europa y los países desarrollados, contemplen las quejas provenientes de los países en desarrollo.

Los críticos del Tercer Mundo, señaló Marks, presentaron quejas razonables durante estas sesiones al referirse a la cobertura inadecuada en las capitales principales de Occidente y se distanciaron de los que proponen la censura y permisos para desarrollar actividades periodísticas. Me parece que este enfoque ha tenido éxito, al lograr que muchos directores se den cuenta de que existe una necesidad de cubrir mejor las noticias de tipo

económico, políticas, y sobre eventos sociales en los países en desarrollo, lo cual ha llevado a una mejor cobertura de estos eventos.

Esta situación no parece, sin embargo, debidamente valorada en el contexto norteamericano.

Durante 1984 diversas publicaciones, especialmente la prestigiada *Journalism Review*, de Columbia, criticaron la cobertura que se ha dado en la prensa de Estados Unidos a las noticias provenientes de América Central. Mientras ahí se discutía respecto de los eventuales prejuicios con que se analizaban los acontecimientos en El Salvador, Nicaragua y otros países de la región, hubo unanimidad en condenar la ausencia de periodistas durante los primeros días de la invasión norteamericana a Grenada. También hay en las publicaciones especializadas, una sensación de que el debate sobre el trabajo de los periodistas en Vietnam y Asia todavía no ha sido definitivamente cerrado.

## **Caso 2.- Una víctima del secreto profesional.**

Richard Hargraves tenía poco más de 30 años en 1981, cuando trabajaba como editorialista de **The Belleville News-Democrat**, de Belleville, Illinois. Según supo entonces, en la primera sesión del Consejo de Supervisores del Condado de St. Clair, el nuevo presidente, Jerry Costello, había hecho aprobar una proposición que incluía la posibilidad de subir los impuestos locales. Hargraves, que había apoyado con el periódico la candidatura de Costello, se sintió engañado: una de las bases de la campaña electoral del nuevo presidente del Consejo había sido el compromiso de no aumentar los impuestos. Y así lo dijo editorialmente. Acusó a Costello de haberle mentido al periódico y al público.

En los tres años siguientes, luego que Costello se querelló por difamación contra Hargraves, el problema se centró en el origen



de la información que sirvió de base al editorial. Finalmente, a comienzos de julio de este año, el juez Roger M. Scrivner conminó al periodista a que diera a conocer los nombres de las personas que le habían dado la noticia. El juez sostuvo que en casos de difamación no procedía ampararse en el secreto profesional y que, muy a su pesar, debía pedirle a Hargraves que revelara sus fuentes o fuera a la cárcel por desacato. El 3 de julio, tras insistir en que no estaba autorizado para dar los nombres, Hargraves entró a la prisión del Condado por tiempo indefinido. “Si no hago lo que estoy haciendo”, dijo según la Associated Press, “temo que nadie va a cuestionar la ley (que lo condenó) y ella no será cambiada. Si yo no cuestiono esta terrible ley, toda vez que a un político no le guste algo que se dice sobre él va a iniciar un juicio y va a pedir que se le entreguen las fuentes de información”.

Desde 1958 ningún periodista, según la misma información de la AP, había sido encarcelado en Estados Unidos por una querrela civil.

La historia tuvo, felizmente, un buen final. Dos días después el periodista Hargraves -quien trabaja actualmente en **The St. Louis Globe Democrat**- fue liberado. Un funcionario del Consejo de Supervisores reconoció oficialmente ante el juez haber sido una de las fuentes utilizadas para el comentario. Hargraves ni siquiera entonces cambió su postura. Liberado por el juez pese a su falta de cooperación, recibió de éste una felicitación por su valentía. “Si las personas involucradas”, dijo el juez, “hubieran mostrado la misma valentía, este incidente nunca habría ocurrido”.

Hargraves comentó:

“Estoy fuera de la cárcel y no he quebrado la confianza que depositaron en mí. Gracias a Dios, estoy fuera de la prisión. No creo que esta sea una victoria o una derrota para nadie. Sólo quiero ver a mi esposa y a mi niño. La cárcel no es un gran lugar para estar en ella”.

### **Caso 3. La gira de la victoria de Michael Jackson.**

Gracias a la gentileza de un editor del **Dallas Morning News**, el 10 de julio el autor, junto a un periodista de Nigeria, otro de Qatar y un dirigente político de Sierra Leona, tuvo la poca frecuente oportunidad de participar en la sesión de pauta del diario, uno de los dos grandes periódicos que tiene Dallas. El mérito principal de la sesión -una hora inmediatamente después de almuerzo- fue mostrar que este tipo de reuniones tienen las mismas características en todo el mundo. Hubo, sin embargo, un pequeño incidente que vale la pena recoger aquí.

Cuando llegó el turno de la responsable de la página de espectáculos, ella informó de la nota que se estaba haciendo con motivo de la presencia en la ciudad del famoso cantante Michael Jackson, como parte de su gira de la victoria. Hizo notar que la reportera a cargo de la nota había estado en el hotel donde se alojaba, había hecho las investigaciones habituales respecto a la **suite** que ocupaba el cantante y los arreglos con el hotel. Mencionó como lo más destacado la ausencia de **fans**, al revés de lo ocurrido en otros puntos de la gira. Y no dijo más. El resto del debate de la tarde se concentró en la discusión de las noticias de primera página, donde también se renovó un dilema conocido por los periodistas chilenos, entre dar preponderancia a la información internacional sobre la nacional y la local.

Sólo al día siguiente, al leer el periódico, descubrimos que durante el reportaje a Michael Jackson se había producido un insólito incidente, en el cual uno de los guardias de seguridad del cantante había retenido el **block** de apuntes de la reportera Donna O'Neal, negándose a devolverlo hasta varias horas después, alegando que ella no tenía derecho a estar en el mismo piso donde estaba Jackson y que ponía en peligro las medidas de seguridad.

El incidente ocurrió a las 11.30 y las notas sólo le fueron devueltas a la reportera a las ocho de la noche.

Dos comentarios habría que hacer.

El primero, es el silencio que se mantuvo en la reunión de pauta. Es posible que haya sido por la presencia de extraños en ella. Pero si se juzga por la cordialidad y franqueza que reinó en ella, parece difícil que se tratara deliberadamente de ocultar el hecho.

Lo segundo, que confirma la serenidad con que se reaccionó frente a un acontecimiento que, por lo menos, era incómodo, fue el tratamiento que le dio el periódico.

La información principal, escrita por Donna O'Neal, a pareció en la primera página del cuerpo dedicado a la zona metropolitana de Dallas. Tenía un titular a dos columnas, con un ilustración permanente (un dibujo del cantante con un pequeño titular: La gira de Jackson), acompañados con una foto en colores a cuatro columnas de una de las personas entrevistadas. Título y foto ocupaban todo el ancho de la página. La información terminaba en una página interior, la cual -aparte de casi tres columnas de publicidad- estaba enteramente dedicada al mismo tema.

Una información con título a una columna mostraba el escenario de la actuación de Jackson; otra, a tres columnas, explicaba el sistema de la venta de entradas, que había sido motivo de larga controversia, y finalmente, también a tres columnas, otro artículo, con una foto a una columna de la periodista O'Neal, donde contaba el incidente con el guardia de seguridad. Título: "Apuntes sobre Jackson fueron secuestrados, dice reportera". Subtítulo. "Diario acusa de robo; promotor de la gira acusa de violación de la privacidad".

En claro contraste con la reacción previsible en otras latitudes, el periódico y, sobre todo, la periodista, se mantuvieron fieles al principio de que no se debe interferir con la noticia. Al informar separadamente sobre la gira de Jackson, con varias notas

complementarias, incluyendo eso sí otra nota sobre lo ocurrido a su periodista, el **Dallas Morning News** se atuvo fielmente al principio elemental de respeto al lector y a la opinión pública que dice que salvo raras excepciones, nunca los periodistas son la noticia. Y que, cuando se produce una excepción, nunca superan en importancia a las otras noticias.

#### **Caso 4. La “creación” de un periodista**

La separación entre lo que es el motivo de la información y quien cubre esa información, tan claramente reafirmada por el **Dallas Morning News** es uno de los pilares del trabajo periodístico en Estados Unidos. La separación entre información e imaginación es otro pilar, igualmente fundamental. Lo probó este año un incidente producido en **The New Yorker**, un revista de Nueva York a la cual no cabe sino aplicarle ese término que tanta confusión causa por su principal acepción en inglés: “sofisticado”.

**The New Yorker**, que por algo tiene como símbolo a un señor de tenida antigua con un monóculo igualmente anticuado, es la esencia de la “sofisticación” como se entiende en inglés: complejo, elegante, casi desdeñoso de los demás mortales.

Pese a todo esto, **The New Yorker** adhiere fielmente al principio de que los periodistas deben trabajar con hechos y los novelistas, con fantasías. Por eso el monóculo casi se le cayó a su personaje símbolo cuando debió reconocer, a fines de junio, que Alastair Reid, un columnista que durante muchos años había escrito desde España, había mezclado la ficción con la realidad.

Todo empezó de manera más bien inocente. Reid, en una charla en Yale, en 1983, contó su experiencia y relató que en alguno de sus artículos desde España, bajo el régimen de Franco, había alterado nombres y situaciones para proteger a las personas involucradas o, simplemente, para hacer más dramático el conjunto. También lo había hecho, en otra ocasión, en que el protagonista era él mismo.

En lo fundamental, lo que hizo Reid fue combinar características de varios personajes en uno, o trasladar de escenario -desde una casa a un bar, por ejemplo- a las personas que estaba describiendo y cuyas opiniones quería transcribir.

Una estudiante que oyó la charla, Joanne Lipman, entró a trabajar meses después en **The Wall Street Journal**, diario que este año sufrió también los efectos de un problema ético (4). Y allí propuso hacer un reportaje sobre las revelaciones de Reid.

La joven Lipman habló con Reid. Le contó lo que estaba haciendo y obtuvo la confirmación de lo dicho en la conferencia. Y entonces el diario publicó el artículo con la denuncia.

El efecto fue fulminante: la dirección de **The New Yorker** desautorizó a Reid y pidió disculpas a sus lectores. Y un número de comentaristas expresó su desagrado por esta violación del procedimiento habitual. Sam Zagoria, en **The Washington Post**, recordó los cuidados puestos por **The New Yorker** para garantizar la efectividad de cada información, que incluyen un departamento especial de "chequeo". Roger Rosenblatt, en un ensayo para la revista **Time** sostuvo que "si la gente no puede encontrar hechos en las noticias... entonces el periodismo no tiene razón de ser".

Y en la misma edición de **Time** se adelantó otro juicio:

"La alteración de los hechos para obtener una narración dramática es una herencia del Nuevo Periodismo, que se popularizó en revistas y libros en las décadas de 1970 y 1980 y que ha sido criticado en forma creciente. Los nuevos periodistas pueden mezclar personajes o inventar escenas. A veces reconstruyen secuencias, basándose en entrevistas con terceras personas más que con los protagonistas e incluso alegan saber lo que la gente estaba pensando...".

### Caso 5. Un choque cultural.

La creciente presencia de los “hispanicos” (ciudadanos de origen mexicano, cubano, portorriqueño o de otras partes de América Latina) junto con recientes inmigrantes que se han rebelado contra la tradición del “crisol de razas” y prefieren mantener sus costumbres ancestrales y, muy especialmente, su idioma, ha producido un fenómeno nuevo en la sociedad norteamericana.

La prensa en otros idiomas aparte del inglés ya no es más una expresión del **ghetto**, que informa de lo que ocurre en “casa”, el país de origen, sino que se ha convertido en una prensa que informa de parecida manera que los grandes diarios en inglés. Pero sería una ingenuidad pensar que los diarios en español, por ejemplo, son una versión para “hispanos” de la prensa tradicional. Según ha observado el comentarista Roberto Fabricio -en un artículo en inglés para **The Miami Herald**- se ha producido una fractura más profunda que la simple diferencia de idiomas. Es la diferencia cultural y de intereses. Que a veces, dice, puede reflejar una fractura profunda en la sociedad.

En un artículo publicado el 23 de junio de 1984, Fabricio consideró las principales noticias de un día reciente. Y descubrió que “en todo el Miami de habla inglesa, la principal noticia local por casi todo el día fue el descubrimiento de una quinta “Mosca de la Fruta” en la zona de la ciudad conocida como Pequeña Habana... Pero, incluso con la fumigación por avión del área afectada, que abarcaba el corazón de los vecindarios de habla castellana de Miami, esta era una noticia más “caliente” en inglés que en castellano”. En realidad, en la zona se comprobó muy poco, casi nulo, interés por la “Mosca de la Fruta”. “¿Cuál había sido la gran noticia en el Miami de habla castellana? La liberación en La Habana, tras 20 años de cárcel en Cuba, del poeta, filósofo y activista Jorge Valls”.

“Esa tarde yo no había oído ni siquiera una transmisión de

radio en inglés acerca de Jorge Valls, cuya esposa vive en Miami. Pero no había otra cosa en las radios en castellano”.

Para Roberto Fabricio, quien en su columna se ha preocupado en forma constante de este tipo de comprobaciones, está claro que en Miami la definición misma de la noticia depende del sector cultural involucrado. Ello, dice, tiene ventajas. Pero también tiene inconvenientes. Y ellos irán aflorando con más fuerza en el futuro. Es un hecho, por ejemplo, que la prensa en castellano tiende a ser más sensacionalista y le da más importancia a las noticias de policía que los grandes diarios en inglés. La razón obvia es que, sobre todo en Nueva York y en la extensa franja que ocupan los “hispanos” hasta Chicago, en el este, y las zonas del sur (Texas) y el oeste (California), predominan entre ellos los inmigrantes de niveles más bajos que el promedio anglo-sajón, y ello implica también niveles culturales y educacionales más bajos.

Pero la observación de Fabricio apunta a una comprobación más novedosa: también la esencia misma del quehacer periodístico -la definición de lo que es noticia- varía según el **background** idiomático y cultural del lector. Este es un tema abierto, sobre el cual posiblemente se oiga hablar más en el futuro.

Si la discusión sobre el Nuevo Orden Informativo Internacional llegara a reactivarse, tal vez se podría plantear sobre una base diferente de lo que ha tenido hasta ahora. Habría que preguntarse, por ejemplo, si lo que duele en los países del Tercer Mundo y lo que no siempre se logra comprender en las áreas más ricas y desarrolladas no será justamente esta diferencia básica en los conceptos. Lejos ya de la época en que Charles Dana definía con inigualable soltura que “noticia es que un hombre muerda un perro”, hay razones para creer que los periodistas del norte y del sur no logran, simplemente, ponerse de acuerdo en qué es noticia.

Todo lo anterior forma parte de las impresiones recogidas en una gira que, desde el punto de vista periodístico, fue rica y muy

satisfactoria. Más que ordenar las experiencias de viaje en torno a una hipótesis, hemos creído preferible exponerlas con una invitación a reflexionar sobre ellas. Pese al interés trascendental que se observa acerca del NOII -recalcado por la presencia del grupo de expertos que visitó Chile en agosto y del cual formaba parte el ya citado Leonard Marks- resulta evidente que la mayoría de los periodistas de Estados Unidos están más preocupados por un riguroso respeto a ciertas normas éticas esenciales (el secreto profesional, no mezclar fantasía con realidad, separar la información de la opinión) que los debates que podríamos denominar “filosóficos”.

No nos caben dudas de que en parte ello se explica por la tradicional actitud pragmática de los ciudadanos norteamericanos. Pero no creemos que sea toda la explicación.

Entre las ausencias que se notan en el debate norteamericano, ciertamente aparece muy pronto el problema de la propiedad de los medios. No sólo no se discute, sino que además, en casos como el de la venta de la revista **U.S. News World Report**, que sigue a **Time** y a **Newsweek** en importancia, se soslaya la situación en que quedan los redactores y personal periodístico mediante una declaración en que el editor y el presidente de la compañía expresan su confianza en que el nuevo propietario “comprende plenamente el propósito tradicional en que se basa la publicación y se compromete a respetar su credo de servicio al público que la ha caracterizado en el pasado” (5).

La “cláusula de conciencia”, que es cada vez más utilizada en las relaciones entre los periodistas y las empresas en Europa, y los esfuerzos por lograr una estabilidad en la conducción profesional del medio, independientemente de quien sea el propietario, están completamente al margen de estos acuerdos. Es posible que ello se deba a que existe la certeza de que la mayoría de las grandes empresas -cadenas de televisión o periódicos- jamás tratarán de influir indebidamente en el trabajo profesional de los periodistas. Actitudes como la del editorialista



Hargraves, dispuesto a sufrir la pena de cárcel por mantener sus principios éticos, han hecho que los periodistas norteamericanos hayan ganado el respeto de la opinión pública y de los líderes de la sociedad.

Pasada la ofuscación del Caso Watergate, incluso los republicanos, que con frecuencia acusaron a los periodistas y a los medios de estar prejuiciados en su contra (cuando no de ser instrumentos de propaganda marxista o sus infiltrados), han empezado a reconocer que la prensa libre, respetada aún en su derecho a equivocarse, sigue siendo la mejor manera de asegurar el pleno desarrollo del proceso democrático.

Pero esta certeza, a nuestro juicio, tiene todavía una base muy débil: además de esta gran preocupación por la vigencia ética a nivel individual, tal vez el periodismo norteamericano debería hacer una gran reflexión colectiva. Hay procesos que, por desgracia, no se producen en forma automática. La superación de los grandes desafíos de la profesión periodística es, sin duda, uno de ellos.

SANTIAGO, octubre de 1984.

## NOTAS

**(1). Periodismo Norteamericano de Hoy.** Ernest C. Hynds. Editores Asociados. México 1977. La afirmación reproducida viene en página 21 y siguientes. El autor, sin embargo, no la comparte, ya que cree que al público debería pedírsele una evaluación de la información que recibe y el medio por el cual la recibe. Las cifras de Roper, para 1973, decían que el público respondió que la mayor parte de las informaciones las recibía de la televisión (64 por ciento), aunque no en forma exclusiva, ya que también se indicaba un porcentaje alto para los diarios (50 por ciento), y menor para radio (21 por ciento) y las revistas (seis

por ciento). Otro estudio, citado también por Hynds, señalaba que los adultos de más de 18 años recibían las noticias principalmente de los diarios (77 por ciento) y que el 52 por ciento de ellos no veía noticias en TV.

(2) La salvedad respecto al buen manejo de la campaña corresponde al insólito episodio que marcó la inauguración de la Convención Nacional Demócrata, cuando el propio Walter Mondale trató de reemplazar al jefe del partido Demócrata por Bert Lance, un político de Georgia que no pudo asumir como director del Presupuesto en la época de Jimmy Carter por algunas dudas acerca de sus manejos como director de un pequeño banco. Aunque no se le probó nada, su nombre sigue resultando conflictivo. También hay que hacer notar que la cobertura en la televisión, este año, no abarcó todas las sesiones de cada convención, sino solamente las horas finales, las más atractivas desde el punto de vista noticioso.

(3) Texto provisorio de la charla. Parte de un ciclo realizado el 22, 23 y 24 de agosto, en Santiago, con el auspicio de las Escuelas de Periodismo, organizado por la Embajada de EE.UU. en Santiago: "Edad de la información: comunicación, alcance, influencia, responsabilidad".

(4). Lo ocurrido con **The Wall Street Journal** se remonta a algún tiempo antes de la época aquí analizada. Conviene recordarlo, sin embargo. Se trata, en síntesis, de una sanción aplicada por la **Securities and Exchange Commission**, que equivale a la Superintendencia de Valores, a un periodista del **Wall Street Journal**, acusándolo de sacar beneficio propio con las informaciones que escribía acerca de las variaciones en el precio de las acciones de la Bolsa de Nueva York.

Esta intervención de un organismo federal creó cierto temor en los periodistas y en sus organizaciones de que se estuviera haciendo justicia por la vía administrativa, pero a fines de julio

John Fedders, encargado de hacer cumplir las reglamentaciones de la Comisión, explicó que había precedentes legales que justificaban lo obrado, y que los periodistas no debían temer una acción indiscriminada en su contra.

(5) El anuncio de la transacción se hizo en la propia revista **U.S. News World Report** en la edición del 25 de junio de 1984 ■